



10 de julio de 1881

La regularidad.

Santa María Eugenia de Jesús

Mis queridas hijas:

Hemos hablado recientemente de varias cosas que son más bien consuelos del alma. Hoy quisiera destacar el punto más externo, pero más esencial y práctico de nuestra vida: la regularidad.

Debemos volver a menudo sobre estos detalles, debemos recordar que la regularidad es el fundamento sobre el que deben desarrollarse todas las virtudes religiosas y que es al mismo tiempo el baluarte que debe preservarlas. Lo digo especialmente a las hermanas jóvenes: desde el inicio debemos dar gran importancia a llevar una vida totalmente conforme a la Regla que hemos abrazado. Tan pronto como suena la campana, debemos dejarlo todo para ir a donde nos llama, considerarnos felices de poder orar con otras, comer con otras y hacer todos los ejercicios en el tiempo y lugar que la Regla nos da para ello.

Hay religiosas que se apegan a ello y mantienen este hábito durante toda su vida. Hay otras que, encontrando más consuelo en prácticas particulares, se inclinarían a situarse fuera de la vida común. Aborreced esto, hermanas mías, porque es una gran ilusión.

Comenzaré con una regularidad muy fácil y común, la de las comidas. Sin embargo, es tan importante que un religioso me dijo: «Por mi parte, no me parece bien una religiosa que no es puntual a la hora de comer. Nos hacemos nuestras propias reglas y ya no vivimos según la regla común». Si hubiera sido agustino, habría añadido: «San Agustín dice que no solo se va al refectorio a comer, sino a escuchar la lectura y recibir alimento, tanto espiritual como corporal». De hecho, la religión rodea esta acción inferior, que es una de las más pequeñas del día, con actos perfectos de penitencia y de humildad. Va acompañado de modestia y contemplación. Es más fácil entonces elevar el corazón hacia Dios.

Por eso considero algo muy esencial para una religiosa, a no ser que haya un impedimento positivo, acudir a las comidas comunes con las demás. Cuando se tenga prisa por hacer las cosas, no se debería decir fácilmente: "Pediré permiso para cenar en la segunda mesa para ahorrar tiempo". Es irregular y no deberíamos seguir ese camino.

Diría lo mismo del levantarse, pero no de manera tan absoluta. Es imposible que después de pasar algún tiempo en religión, no haya personas que estén cansadas, que necesiten más descanso y que lleguen más tarde a la oración. Pero cuando se puede seguir la regla común para levantarse, debe ofrecer este sacrificio a Dios. Cuando nos levantamos a tiempo, tenemos más gracias para hacer bien la oración juntas.

Extended esto al Oficio o a la lectura. Hay algunas de vosotras que hacen su lectura de forma particular, porque sería difícil, a causa de los cursos, reunir las a todas. Otras leen juntas, como se hace en casi todos los Institutos. Algunas podrían preferir leer a su propio

ritmo en lugar de leer juntas. Pero sabed esto, hermanas mías: Dios da más gracias de humildad, de sencillez y de fervor a las que entran en la vida común. Estar en el recreo y hacerlo bien sigue siendo un gran punto de regularidad.

Fijaos, hermanas mías, la razón que se da para todo esto: es la voluntad de Dios. Toda acción se realiza para cumplir la voluntad de Dios: la voluntad de Dios da el mayor mérito a todas nuestras acciones. Una voluntad perfectamente unida a la voluntad de Dios es una voluntad santa en todo y en todas partes. San Alfonso María de Ligorio dice de la Sagrada Familia: *¿Qué cosas extraordinarias se estaban realizando en Nazaret? ¿Qué estaba haciendo San José? ¿Cómo vivió? Vivía con Jesús y María, rezaba, trabajaba, hablaba poco. Él siempre hizo la voluntad de Dios. Esta santa voluntad reinante en él hizo de él un gran santo a los ojos de Dios en una vida muy común.* Podemos ver claramente cuál era la voluntad de Dios para él. Cuando el ángel le dijo a medianoche: «*Toma al niño y a su madre y huye a Egipto*¹», no hubo vacilación, ni respuesta, ni comentario; y cuando le dijeron: *Vuelve a la tierra de Israel*², fue la misma sencillez, la misma obediencia, la misma prontitud. El corazón y la mente de San José estaban enteramente unidos a la voluntad divina.

Creo haberos dicho ya que un capuchino de finales del siglo XVII reducía todo el arte de la perfección a la unión con la voluntad divina. Según el gusto de la época, había precedido su obra con una imagen que representaba a la Santísima Trinidad rodeada de todas las almas. Las que están enteramente unidas a la voluntad de Dios, que solo tienen un querer y un no querer con Dios, están como perdidas en el seno de la Trinidad: están cerca de la bienaventuranza, porque tienen aquí abajo las disposiciones que tienen los santos en el cielo. La imagen siempre me hizo reír; Pero la idea es verdadera, profundamente verdadera. Cuanto más hace el alma la voluntad divina en todas las cosas, más se santifica; y no hay nada más que buscar.

Estemos en el refectorio cuando sea la hora; estemos en el recreo cuando es la hora, y llevemos a todas partes el espíritu que agrada a Dios. San Francisco de Sales dice que es muy importante llevar a cada uno de los ejercicios de la vida religiosa el espíritu que le conviene, un espíritu humillado, respetuoso y serio ante los ejercicios de piedad. Un espíritu caritativo, benévolo, abierto y de buen humor durante los recreos. Un espíritu de humildad y modestia religiosa en las comidas. Un espíritu de caridad activa y devota cuando estamos con las niñas. Así lo hacemos todo según la voluntad divina, no obedecemos a la impresión del momento, al deseo, al fastidio. No somos como los monos y los macacos, dice san Francisco de Sales, que hoy están de buen humor, dispuestos a todo, a retozar por todas partes y que, al día siguiente, porque llueve o están enfermos, están tristes y melancólicos. Sólo obedecen a lo que sienten. Para nosotros, siempre obedecemos a la voluntad de Dios. De vez en cuando debemos mirar a Dios y decir: «¿Es así, Señor? ¿Es esto lo que quieres?»

Nuestro Señor vino a la tierra sólo para cumplir la voluntad de su Padre celestial: *Mi alimento, dijo, es hacer la voluntad del que me envió*³. El que era la segunda persona de la Santísima Trinidad, la santidad misma, la perfección misma, miró, antes de morir, si había cumplido la regla escrita para él en los Profetas. Él grita: *Todo se ha consumado*⁴.

Estos pensamientos deberían unirnos a la Regla en todas sus prescripciones. No quiero decir que cierta exactitud exterior sea suficiente para hacernos santas. Debe estar animada por los motivos que acabo de indicar. No debemos permitirnos la complacencia, que nos

¹ Mt 2, 13.

² Mt 2, 20.

³ Jn 4, 34.

⁴ Jn 19, 30.

lleva a decirnos: «Soy regular, no me he perdido nada, siempre soy la primera en todo». Este sería un triste resultado: sería el orgullo puesto en el lugar de la intención pura, de la humilde fidelidad que nos lleva a hacer todo por obediencia.

Habiendo señalado este defecto, que es, por cierto, raro, porque pocas personas pueden dar fe de que son perfectamente exactas en todo, diré que, no obstante, es necesario tener esto. Debemos procurar ser las primeras, ser exactas en todas partes, procurar, mientras estemos allí, hacerlo como lo exige la Regla y hacer de esta envoltura que rodea la perfección de la vida religiosa algo que consideremos muy importante y que nunca dejemos de hacer.

San Ignacio dice que la pobreza es el baluarte de la vida religiosa. La regularidad es aún más. Si estuvieras en una casa donde faltara de todo, donde reinara la mayor pobreza, pero donde no hubiera regularidad, la vida religiosa iría muy mal. La regularidad es pues, ante todo, el baluarte de la vida religiosa. San Francisco de Sales decía, hablando de comunidades muy relajadas, que para recuperar el fervor sólo pedía silencio, oración y vida común. Con esto se refería a la ausencia de toda propiedad privada, pues en su tiempo cada religiosa tenía su pequeña propiedad privada, que administraba y gobernaba, como todavía hoy se ve en Italia y España. Estos son abusos y la Iglesia los está remediando.

Si los santos hicieron del silencio, de la vida común, de la regularidad unida a la oración, medios de reformar casas muy relajadas, juzguemos cuánto debemos conservarlos para que nuestras casas no se vuelvan nunca irregulares, juzguemos cuánto debemos esforzarnos en mantener la pobreza, el silencio, la obediencia, la mortificación, como exige la Regla.

Esto es lo que pensé que debería recomendaros; y es el día oportuno para hacerlo, ya que hoy celebramos a quienes fueron superiores, que se santificaron como superiores: los Sumos Pontífices. Siempre han recomendado estas cosas, y si resucitaran ¿qué pedirían? Pedirían que cada uno observe su Regla, que cada uno obedezca a Dios, que cada uno haga lo que se le manda según su estado. Cada cristiano tiene deberes particulares. El obispo tiene los suyos, el sacerdote tiene los suyos, el religioso tiene los suyos. ¿Qué pueden desear los Sumos Pontífices, sino que todas las Órdenes de la Iglesia obedezcan los mandamientos que les han sido dados? ¿Y qué homenaje mayor podemos rendirles que esta disposición y esta voluntad de ser en nuestro Instituto columnas de la Iglesia?